

J. GEORGI F.



Revista Artes

de



Y Letras



DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918



conocidos como los gestos de los capataces o de los arrieros?

La simplicidad de la psicología de sus personajes ha facilitado, sin duda, al autor el completo conocimiento de ella. Si en vez de decirnos lo que pasa en esas almas casi elementales, hubiese intentado el análisis de espíritus finos y complejos por la multiplicidad de sus ideas y la heterogeneidad de los componentes raciales que forman el vaso en que se consumen, o de que se elevan como llamas, tal vez no nos daría una visión tan clara de sus caracteres como la que tenemos de los que nos presenta en esta obra. Esa simplicidad, que parecería ser desdeñable, acostumbrados como estamos a las sutilezas espirituales de los personajes de excepción, es sin embargo, uno de los elementos que más contribuyen a la vida de los seres estéticos y, en consecuencia, a la gloria de su creador. Tomados en sus aspectos generales, los sentimientos que forman el fondo humano primitivo,—el amor, el odio, la ambición, los celos,—son los que, individualizados en un tipo, han vivido más en la novela y en el drama. La incidencia emotiva fugaz, el matiz moral único, todo lo buscado por los sibaritas del análisis introspectivo, desaparece ante la gran corriente de las pasiones impulsadas por el fuego originario de la vida. Los sentimientos que deciden las acciones de estos montañeses son, pues, elementales, pero por eso mismo, por estar cerca de la tierra, tienen un intenso y hermoso valor humano.

Y viven tan unidos a su ambiente que, aun al particularizarse en los caracteres de los distintos héroes de este libro, nos parecen ser emanaciones de la cordillera. Lo que alienta en esos personajes, lo que constituye su fuerza evolutiva, lo que pone en sus labios el grito, el beso o el insulto, es la sierra. Ella es lo más visible, lo más importante en la definida y clara armonización de los valores morales,—los sentimientos,—con los valores paisajísticos,—los aspectos de la luz, de los valles, de

las nubes, de las rocas. Si en algunos cuentos chilenos la cordillera aparece sólo como término decorativo, como elemento apropiado para cerrar el fondo de una descripción, en este libro no, su belleza está siempre presente, viva y enorme. Las ideas y los sentimientos de los montañeses se desenvuelven como una prolongación de su vida plácida, soñadora o dramática. Ella es, pues, lo dominante. Las dificultades que, tal vez por el frío de su sublimidad, presenta la montaña como tema de arte, eso que ha alejado de ella a los artistas del pincel y de la pluma, tanto como los ha atraído el mar,—hay un lienzo de montaña por cada cien marinas y una poesía a ella por cada ciento al mar,—han sido vencidas por Latorre. Su montaña es viva; sueña, alienta, lucha. Sus elementos están muy por encima de las almas que la habitan, es, en realidad, el personaje principal de estos cuentos, como el jardín, el Parado, con sus flores y fragancias, en la novela de Zola, y como la Catedral, con sus columnas, sus follajes de piedra y sus sombras, en la novela de Hugo.

LAS TEORÍAS IBÉRICAS Y COLOMBINAS DEL SEÑOR MARQUÉS DE DOSFUENTES.—*Emilio Vaisse*.—Santiago, 1918.

Con la misma delicadeza con que el entomólogo coge una mariposa y la clava en el sitio preestablecido por su ciencia dentro de las cajas de colección, el señor Emilio Vaisse ha detenido, en este libro, el vuelo, tan inseguro y divagador como brillante, de una fantasía.

El alfiler es de oro. Con una exactitud que llega al primor, el señor Vaisse empieza por enumerar todos los artículos publicados en los diarios chilenos sobre la imaginación que atrae sus ojos. Su intento es, sin duda, evidenciar la importancia de ella, su rareza y—¿por qué no?—su hermosura. Porque, si no tuviera esas cualidades, no habría levantado las contradicciones que levantó, y si no las hubiera levantado, no habría adquirido la celebridad que adquiri-

rió, y si no la hubiera adquirido, el señor Vaisse no se habría dado el trabajo de escribir este libro.

Insinuada esta risueña concatenación, el señor Vaisse parece decirnos:—¿Qué tal? Bello ejemplar, ¿no es cierto? ¿Sí? ¿Os interesa? Pues ya veréis cómo lo cojo, y lo clasifico, y lo catalogo.

Y en efecto el señor Marqués queda catalogado, en las páginas de este libro, como uno de esos «conferencistas europeos que, al salir del viejo continente en dirección a la América Latina, creen que pasan de un océano de luz a un océano de tinieblas». La labor está hecha con tino, finura sobriedad y otras virtudes, entre las cuales nos habría gustado hallar un poco de misericordia. Porque la lenta y meditada minuciosidad con que desmenuza los pareceres del señor Marqués y con que expone los argumentos de los eruditos Sanfuentes, Dávila y Hernández, revela en el señor Vaisse un sibaritismo crítico que llega a la crueldad. En sus manos, la papilionaria fantasía del conferencista pierde, para siempre, su polvillo de luz, vale decir, su ciencia latina, su ciencia histórica, su ciencia étnica.

LAUDATORIAS HEROICAS.—*Antonio Bórquez Solar*.—Santiago, 1918.

Este bello libro de un poeta a quien queremos como amigo y admiramos como artista tiene, para nosotros, además de su mérito literario, un valor que nos concierne particularmente: nos trae el recuerdo de los años en que empezábamos a escribir, los años de inolvidable camaradería con Marcial Cabrera Guerra, Contreras, Mont Calm...

Han corrido cuatro lustros, y recordamos, como si fuese algo de ayer, nuestra vida de entonces: afectos, estímulos recíprocos, rivalidades sin envidia, aplausos... Mentirillas inocentes, como la de Cabrera, que aseguraba recibir todas las novedades literarias de América y de las cuales no veíamos sino algunas; lecturas de versos que nos encantaban y que eran, según el «Chico», de

«uno que tiene mucho talento» o de «un muchacho que meterá bulla»; versos que no se publicaban y que eran, en realidad, obra del malogrado amigo; confidencias hechas con respeto casi religioso acerca del juicio que sobre *Ritmos* había mandado, desde la cárcel de Veracruz, Dfáz Mirón, a quien González envió un ejemplar de su obra con esta dedicatoria: «Al águila cautiva», juicio que no llegó nunca... Mentirillas, invenciones, recursos para enaltecer el mérito de la obra propia, todo lo que se quiera, pero todo útil, porque nos hacía vivir, más que muchas verdades, en atmósfera de admiración y entusiasmo.

Cabrera era el mentor de los jóvenes. Dirigía y enseñaba. Sobre todo, nos decía una vez, que los temas sean tomados de la vida real. Acabo de escribir el prólogo de mi libro *Tribulaciones de la Carne y del Espíritu*, y es claro, he tomado algo que está al alcance de mis ojos. Y mirando hacia un balconcito del frente, casi oblicuo por la vetustez de la casa a que servía de observatorio para reconocer a los visitantes nocturnos, y al cual se asomaba, a cada instante, una de la «tribulaciones» del poeta, nos leyó algo así (no recordamos sino la idea, el metro y las rimas):

Bajo su mirada, que cae en mí mesa desde la florida paz de su balcón, escribo los versos de mi obra que empieza teñida en la sangre de mi corazón.

Cabrera terminó el prólogo, pero no publicó el libro. Parecía importarle más su Revista *Pluma y Lápiz* y la obra de los amigos, que la propia. Así la de Bórquez, que prologó magníficamente.

Bórquez era en este tiempo su huésped... invisible a las horas de sol. Así, durante algún tiempo, fué para nosotros *L'Hôte Inconnu*. Por fin lo conocimos y, lo diremos para que lo envuelva una ráfaga de engreimiento fisiológico, estaba tal como está hoy. Desde el primer momento nos hicimos hermanos de lirismos y algaradas. Tuvimos la suerte de

recoger, en una sola noche, la experiencia que muchos recogen en años: nos aplaudieron y nos pegaron, con diferencia de horas; nos aplaudieron en una reunión de caballeros suizos, en la cual, para no ser vulgares, acordamos hablar de todas las glorias helvéticas sin nombrar la flecha de Guillermo Tell; y a poco nos pegaron porque sí... Por aquel tiempo, el bastón de quien esto escribe, flexible, de caña de la India, practicaba en las noches la enseñanza recibida en las tardes de los profesores de espada [tan inteligentes y cultos! Ferragut, Scanzi y Cristini. ¡Y con qué gentileza! ¿No, remotos adversarios?

Desde entonces, — ¿a qué seguir recordando? — nuestra amistad con Bórquez, a pesar de no haberlo acompañado sino en algunas cuentas de su rosario de aventuras y de no participar de sus gallardías ciranescas, como aquella de gritar, una vez que íbamos juntos, a las personas que llenaban el foyer de un teatro: — ¡Abrid paso que aquí vienen dos glorias nacionales! (y ¡oh poder del autoréclame! el paso se abrió) — nuestra amistad con Bórquez ha sido inalterable, tanto que nos imposibilita casi para hablar de su libro con la debida imparcialidad. Sin embargo, lo intentaremos.

El mérito principal de estos versos es, para nosotros, ser versos viriles. Lo femenino nos agrada, pero en su paraíso natal, no en los hombres. Cuando alguno nos habla con acento que hace dudar de su verdadera condición orgánica, nos hacemos cuidadosamente a un lado... Las cosas claras. Y no se crea que decimos esto porque los versos de Bórquez sean sonoros y patrióticos, no, lo decimos por su índole, por su acento mental, porque aun en los momentos de languidez o de tristeza son viriles, como los de los grandes inspirados. ¿Quién ha dicho con más cautivador acento de verdad sus dolores y amarguras que Beethoven? Sin embargo, no hay en toda su obra un sólo instante en que su voz nos haga pensar en que no oímos a un hombre. A caso por serlo más potentemente que

muchos otros, — recuérdese la teoría de Ferri sobre la sensibilidad, — sintió con tanta grandeza. Y no es tampoco que digamos como Mendés:

«Pas de sanglot dans le chant du poète»

sino que hay suspiros de suspiros y sollozos de sollozos.

Aplaudimos, pues, sinceramente la hombría del verso de Bórquez, como aplaudimos la salud de sus organismos rítmicos. Porque bien pudiera que ser los temas de su libro fueran viriles y que su expresión los debilitase; pero no, todo está dicho en forma coherente con lo visto, sentido e ideado por el poeta. Y todo claro; no se le olvidan las ideas, no se le pierden los puntos de vista, no se le caen las palabras. Para quienes gusten de la melodía tanto en el dibujo ideológico de los temas como en su coloración emotiva, algunas composiciones de este libro parecerán un tanto violentas; pero para quienes gusten de lo vívido, de los resaltos, de la expresión por contraste, de los rasgos energicos, ellas valdrán más que las estilizadas con la unidad de un lienzo o de un grupo de mármol.

Además, los versos de este libro no son de contemplación, sino de acción. El poeta dice los heroísmos de la raza con el visible anhelo de que no se les eche al olvido. Su voz tiene, a veces, en el elogio de los adalides, inflexiones sombrías, comienzos de reproches. Canta lo que se hizo, como un medio de sugerir lo que se puede hacer. Su libro adquiere así un carácter patriótico. Y lo adquiere de un modo superior al de cualquiera historia, porque en sus versos está, además del héroe, el paisaje. El cariño a la patria tiene su raíz menos en los episodios de sus glorias que en los aspectos de su naturaleza. La historia tiene páginas que ha repartido a todos los pueblos; la naturaleza no; por eso es ella la que se recuerda preferentemente en los himnos nacionales. Cuando el chileno que está lejos de su país siente, al recuerdo de él, subir de su pecho una onda de emoción que le

pone en los ojos la turbiedad de las lágrimas, su recuerdo no ha sido el de los héroes, sino el de los cielos, los hogares, las ciudades, los bosques o las montañas de Chile.

Despertar el amor a la tierra por el elogio de sus hermosuras es preparar héroes. Y esto que es la obra de los poetas que no desdeñan el más allá de sí mismos, lo hace admirablemente Bórquez. Su libro tiene, pues, una importancia educativa nacional de que carecen los que cantan las minucias sentimentales únicamente, de los que prescinden de las alegrías, las aspiraciones y los dolores patrios, los libros de quienes, aislados en su gloria, parecen decirse como Stirner: «Lo único real soy yo y los alimentos que me sustentan». Para Bórquez no; por sobre las inquietudes de su sensibilidad y los movimientos de su espíritu, están la patria y su historia.

LAS MEJORES POESÍAS DE V. D. SILVA.—Santiago, 1918.

Mucho de lo que hemos dicho respecto a la indole del libro de Bórquez podríamos decir de este libro de Silva. Su tendencia es casi la misma, las ideas dominantes casi iguales: cantan a los héroes, la belleza de la tierra nativa, la gloria de las grandes naciones. Son, en realidad, libros hermanos.

Si las condiciones de estas notas bibliográficas nos lo permitieran, intentaríamos el análisis comparativo de algunos de los trabajos que tienen en ambos libros, un mismo tema; pero como no queremos ni podemos hacer crítica, nos daremos a sentir la belleza de estos versos flexibles, altos y briosos. ¡Qué bien que nos parecen su acento siempre apropiado al motivo lírico y sus giros tan personales y con no sabríamos decir qué alegría en la expresión aun en los momentos de pesadumbre o de tristeza! Porque—lo hemos dicho en otro artículo—hay en la forma alegría y dolor. Cuando el temperamento del poeta es sano y sus ideas claras, sus versos, aun al expresar lo melancólico, tienen cierta facilidad y soltura que los hacen vivir por sí mismos, que

los presentan como bien organizados, y, en consecuencia, con todos los signos de una vitalidad sana y, por sana, ignorante de las contorsiones dolorosas. Es el caso de Silva. Su verso es siempre fácil, airoso, lleno de energía y de ardor.

Y siempre varonil. No cae, ni aun al decir las más tenues delicadezas, en afeminamiento. La invasión de la sensibilidad masculina en el campo que con tanta gracia cultiva la femenina, es, de seguro, para el poeta, como para nosotros, un error. Las sutilezas de los sentimientos femeninos,—melodías en tono menor, claridad de fuegos que despiertan, penumbras de misterios cargados de flores por abrir,—cuanto es consunción de energías que sueñan ser actos, no puede ser dicho por nadie mejor, nos parece, que por sus víctimas gozosas. Escuchémoslas. Consideremos que si la mujer ha hablado mucho, ha cantado poco. No le quitamos su acento.

Además, inclinarse a esas fugacidades sería contribuir, por otro lado, al descrédito en que puede caer la poesía por la minusculización de sus temas y la delicuescencia de sus valores verbales. La poesía no es propia para el dilettantismo. Es un arte serio y elevado, el más elevado de todos. ¿Qué son las frases del político y las reflexiones del filósofo sobre el bien, el amor, la patria, la justicia y la libertad frente a los himnos entonados a ellas por los grandes poetas de la tierra? Mas para acercarse a esos inspirados, es preciso dirigir el cultivo de la propia personalidad hacia su mayor amplitud, hasta convertirla en representativa de cuanto hay de puro y ardiente en la vida del espíritu y de la naturaleza, y no hacia su diferenciación de cuanto pueda tener de común con los sentimientos generales, elemento de las grandes obras. Es lo que ha hecho Silva. Su verso no busca matices morales primordiales, ni sutiles rebuscamientos expresivos, no se aísla, no monologa; estimula, exalta los sentimientos del mundo que aspira, sueña y ama con las siempre claras an-

siedades que puso la vida en la sangre y en el alma. Inspirado por una especie de romanticismo social, da de preferencia, sus acentos al pueblo. Los versos en que canta sus ensueños de reivindicación y sus alegrías y sus dolores, nos parecen, por el calor comunicativo de las ideas y su espontaneidad, sus mejores versos.

INQUIETUD. — *Benjamín Oviedo Martínez.*—Santiago, 1918.

La senda elegida por el autor de esta obra es la predilecta de la juventud de hoy: el pesimismo. Se advierte desde los primeros versos de este poeta de diez y ocho años, que el origen de su mal y, en consecuencia de sus lamentos, no es ni puede ser el mismo de los grandes desengaños: su hastío es anterior al placer, su escepticismo anterior a la sabiduría, su desaliento anterior a la lucha. Esto quita a su libro el mérito de lo natural y de lo humano. Al leerlo, dudamos de que el poeta sea víctima de su alma. La contaminación moral de los libros es más efectiva de lo que parece y sus estragos muchos más de los que se cantan en verso o se cuentan en prosa.

Mas, si nos resistimos a dejarnos convencer por sus ideas desconsoladoras, admiramos y muy sinceramente los méritos literarios de sus sonetos. Son suaves y correctos. La unidad del pensamiento que expresan es visible y la pulcritud de los versos admirable. Hay algunos de ellos de una sencillez y soltura que no hemos visto desde hace mucho tiempo en la obra de los jóvenes. Y luego es digno también de elogio por la sobriedad de su lenguaje, el sentido de la medida en el desarrollo de sus temas y el no estimar que sus pensamientos son superiores a los moldes tradicionales. Cuando este joven poeta renazca a la vida que es luz, alegría y pasión, cuando se olvide de los pensamientos importados, cuando ame, o enlo-

quezca enardecido por una ilusión íntima o patriótica o humanitaria, cuando se penetre de que su vida no es «la vida amarga del agua en los pantanos» sino la «compagne de route des étoiles», su obra será luminosa y grande.

LOS MOMENTOS.—*Daniel de la Vega.*—Santiago, 1918.

Este libro, del más delicado y fecundo de los poetas jóvenes, merece el elogio de todos, aun de quienes estimen que la poesía es algo más que puro sentimiento.

La sencillez de su expresión, que llega, a veces, a la frase dicha casi sin pensarla, como reflejo de ideas y emociones que, por serenas, parecen no emanar de un poeta, sino venir de lo misterioso del más allá, es de una dulzura y transparencia admirables.

Esta sencillez, que si puede ser humildad, no es pobreza, tiene innegable importancia en los actuales momentos de la poesía chilena. Es una vuelta a lo natural; el abandono de los primores y abstrusidades de algunos escritores exóticos, cuya influencia va pasando ya. El movimiento tendiente a la quintesenciación de la poesía, que, para huir del romanticismo populachero, empezaron los parnasianos, siguieron los simbolistas y continuaron unos cuantos neo-ismos, habría llegado al hermetismo ideológico más absoluto si algunos escritores de las nuevas generaciones no se hubieran propuesto descender de ese vértice hierático y obscuro, en busca del ancho campo de los sentimientos comunes a todos. Para esta obra,—iniciada también en nuestra literatura,—de la Vega es uno de los mejor dotados y de los mas cultos. Su libro es el más claro testimonio de nuestra opinión y el mejor vocero de su triunfo.

MIGUEL LUIS ROQUANT.